

El otro terremoto



El país ha sido remecido desde las mismas entrañas de la tierra. Historia antigua y dolorosa, que nos ha hecho fuertes. Muchos compatriotas sufren el terror y la angustia junto a la pérdida de sus bienes más preciados. Difícil cuantificar esos bienes y la intensidad de esos temores. Se han activados los sistemas de ayuda y la solidaridad ha comenzado a fluir en medio, al principio, de un gran desorden. **“Se produjeron relámpagos, fragor, truenos y un violento terremoto, como no lo hubo desde que existen hombres sobre la tierra, un terremoto muy violento”** (Ap 16,18). A las primeras horas de confusión siguieron las de ir comprobando los daños y pérdidas de vidas humanas y bienes materiales. También un cierto desconcierto acerca de sentido que puede tener un acontecimiento de esta magnitud. Hemos escuchado con atención – quizá meditando – las

descripciones y hemos mirado con pavor las destrucciones y pillajes y el dolor de tantos. Muchos levantan su mirado al cielo y mirando a Dios se preguntan quizá ¿Dónde estás Señor que permites estas tragedias? Unos lo hacen desde la mirada de la humildad de reconocerse criaturas, otro desde un cierto enojo y soberbia al descubrir que no dominamos la creación y que ella tiene regla que escapan a nuestra sabiduría. Algunos, lo creen parte de un azar, inexplicable y caótico, de un mundo que rueda sin rumbo por el universo

Para los cristianos “Dios es el Señor soberano de su designio y para su realización se sirve también del concurso de las criaturas. Esto no es un signo de debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios Todopoderoso. Porque Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí mismas, de ser causas y principios unas de otras y de cooperar así a la realización de su designio”(Catecismo n 306). Dios concede a los hombres incluso poder participar libremente en su providencia confiándoles la responsabilidad de "someter" la tierra y dominarla (cf Gn 1, 26-28). Dios da así a los hombres el ser causas inteligentes y libres para completar la obra de la Creación, para perfeccionar su armonía para su bien y el de sus prójimos. Los hombres, cooperadores a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden entrar libremente en el plan divino no sólo por sus acciones y sus oraciones, sino también por sus sufrimientos (cf Col I, 24). “El Padre de los cielos, el Padre nuestro, siempre quiere y busca el bien de las criaturas, aunque muchas veces nosotros mismos no entendamos sus caminos.



“Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal?”, se pregunta la Iglesia. A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa no se puede dar

una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar". (Catecismo 309) San Agustín afirma que "el Dios Todopoderoso... por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si El no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal (S. Agustín, enchir. 11, 3), pues "todo coopera al bien de los que aman a Dios" (Rm 8, 28).

El acontecimiento tremendo que vivimos y que tanta destrucción ha traído lleva consigo muchos bienes, de a poco se van despertando y que son parte de la misteriosa pedagogía de Dios para con los hombres. Debemos aprender en esta cátedra. A todos nos está diciendo que no debemos olvidarnos de Él que es Señor de todo lo creado; que somos criaturas suyas; que al estallido de un relámpago nacemos y aun dura su fulgor cuando morimos. Quizá Dios quiere que comprendamos mejor que la realidad no podemos construirla con nuestras fuerzas; quizá quiera preguntarnos de forma fuerte y



personal sobre nuestra forma de vida; sobre el amor a los olvidados y pobres, los que sufren y lloran. La esperanza cristiana no hace mirar todo con ojos que trascienden esta tierra que se ha quejado, según las reglas que en ella puso el Creador. Nosotros debemos saber interpretar los signos de los tiempos, como nos enseñó Jesús, y darnos cuenta que al terremoto de la tierra debe seguir el terremoto en el alma, que sacudida por el dolor propio y ajeno se vuelve con las manos

elevadas al Señor de la Historia y reza humildemente Padre Nuestro que estas en los cielos.....y El nos dice como al paralítico "levántate y anda".

+Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo